



Lusofonía africana: ¿un conjunto de micro-realidades?

Entre el 30 de junio y el 2 de julio de 2008 tuvieron lugar las jornadas internacionales del Centre d'Estudis Africans (CEA), esta vez dedicadas a los cinco países africanos de lengua oficial portuguesa. El objetivo era doble: por un lado, aportar elementos de análisis para ser capaces de identificar la diversidad de realidades que diferencian a estos cinco países; por el otro, calibrar hasta qué punto los rasgos comunes que los unifican se limitan, o no, a la lengua portuguesa y a la impronta heredada del Estado colonial portugués.

Precisamente, en este texto introductorio queremos traer a colación, de forma muy breve, las especificidades del colonialismo portugués, en comparación con los otros colonialismos europeos en el continente africano, principalmente el británico y el francés. Estas especificidades condicionaron tanto los procesos de colonización como el de independencia y, en gran medida, continúan condicionando no sólo la relación con la metrópoli, sino también la integración de las ex colonias portuguesas en el sistema internacional, así como la creación y consolidación de una Comunidad de Países de Lengua Portuguesa (CPLP).

Desde las reformas ilustradas impulsadas por el marqués de Pombal, en la segunda mitad del siglo XVIII, y durante todo el proceso de construcción del estado liberal durante el siglo XIX, Portugal fue construyendo su identidad como nación moderna con el rasgo distintivo de su condición de imperio multicontinental. La independencia de Brasil, a inicios del XIX, no hizo más que reforzar, por despecho, esta voluntad imperial, haciendo bascular el peso de esta idea sobre los territorios africanos y asiáticos para paliar el vacío dejado por Brasil. La fragilidad financiera e industrial de Portugal en relación a los nuevos imperios que, a medida que avanzaba el siglo XIX, pretendían tomar posiciones en África –caso de británicos, franceses, alemanes y belgas– reforzó aún más, si cabe, la firmeza retórica de los estadistas portugueses sobre la derechos de antigüedad de Portugal sobre África.

La voluntad de querer sustentar el Portugal del futuro sobre la base del Portugal renacentista no se restringía a los sectores portugueses más vinculados al antiguo

régimen, aquellos que en el siglo XIX continuaban recreando el ideal aristocratizante del honor de la conquista y de la fe cristiana, sino que era también una opción compartida por los sectores más liberales y orientados a la modernización de las estructuras del Estado para adecuarlas a las del estado-nación moderno. El caso del marqués de Sá de Bandeira y sus intentos de crear colonatos en Angola a mediados del siglo XIX es, tal vez, el ejemplo más significativo.

Por el contrario, a contracorriente, Oliveira Martins, historiador insigne, defendía, ya en la segunda mitad del siglo XIX, la posibilidad de vender las colonias mientras aún hubiera alguien dispuesto a comprarlas, pues, de lo contrario, Portugal se iba a quedar sin un territorio que no sería capaz de defender militarmente y sin el dinero de la venta, que podría servir para invertirlo en la metrópoli y desarrollar, por ejemplo, la industria. Esta segunda alternativa, que consideraba a los territorios ultramarinos como un lastre al proceso de modernización portugués, fue extremadamente minoritaria en Portugal –Oliveira Martins no dejaba de ser considerado un intelectual excéntrico y provocador. La mayoría pensaba lo contrario: los territorios ultramarinos habían de ser no sólo el mascarón de proa de la identidad portuguesa del futuro, sino también, gracias a la explotación eficaz de sus recursos naturales, el trampolín que iba a permitir el relanzamiento económico del imperio portugués en el nuevo contexto industrial.

Además, esta idea ya de por sí sólida entre la elite portuguesa de la época, todavía se fortaleció más tras el sentimiento de humillación nacional que supusieron tanto las conclusiones del Congreso de Berlín (1885), como el ultimátum inglés de 1890, que impidió de raíz el intento portugués de conectar por tierra los territorios de Angola y Mozambique. Estos dos hechos fueron el revulsivo que unió en un empeño colonial común a liberales y a reaccionarios, a monárquicos y a republicanos. Las guerras de conquista en Guinea Bissau, en Angola y en Mozambique se hicieron y se vencieron gracias a esta reacción nacionalista, que pretendía relanzar el orgullo portugués a través de la colonización efectiva de sus territorios africanos.

Sin embargo, a pesar de la insistencia con que se reivindicaba la presencia portuguesa en África desde los tiempos pioneros de los navegantes del siglo XV, lo cierto es que hasta el inicio de las campañas de conquista de finales del XIX la corona portuguesa no se había asentado en el interior del continente. Los dos archipiélagos, el de Cabo Verde y el de Santo Tomé y Príncipe, cuya población parece haberse iniciado con la llegada de los barcos portugueses a mediados del siglo XV, y la cadena de diferentes *feitorías* y *presídios* establecidos en la costa africana, con el beneplácito más o menos explícito de las potencias africanas de cada zona, eran el bagaje de cuatro siglos de presencia de la corona portuguesa en África. El interior del continente había quedado para las iniciativas individuales de aventureros de origen portugués que, tras un proceso de africanización más o menos intenso, como el que

experimentaron los llamados *lançados* de la costa senegambiana o los *prazeros* del valle del Zambeze, ya no se reconocían como súbditos portugueses. De hecho, en algún caso, la conquista de finales del siglo XIX tuvo que lucharse, en parte, contra estos colectivos de origen portugués y conciencia e identidad africanas.

Las campañas de finales del siglo XIX retomaron un proyecto que Sá de Bandeira ya quiso iniciar medio siglo atrás: la colonización sistemática de los territorios africanos con población portuguesa. Los programas estatales de envío de población, principalmente de origen rural, hacia las colonias africanas fue una constante durante todo el periodo colonial portugués, y el volumen de personas desplazadas por estos programas fue aumentando progresivamente, siendo especialmente intenso y sistemático entre los años 1945 y 1970. De este modo, canalizando hacia África el ingente volumen de migrantes portugueses hacia Brasil y América Latina en general, el Estado portugués pretendía conservar una población que, al mismo tiempo, iba a contribuir con su presencia y con su trabajo a portuguesizar los territorios africanos. Este plan general ya estaba trazado en el siglo XIX, en el momento de emprender las conquistas, y la República portuguesa, proclamada en 1910, lo asumió como propio, pues la consolidación del imperio se consideraba una política de Estado, una estrategia nacional ajena a disquisiciones partidistas. El intento de contrapesar las misiones cristianas con un proyecto paralelo de misiones laicas nos da una idea de la importancia de la colonización africana en la agenda de los dirigentes republicanos portugueses.

Sin embargo, fue el proyecto católico-autoritario del *Estado Novo*, proclamado en 1930 por el académico Oliveira Salazar, el que consiguió dar un empuje sistemático y consolidado en el tiempo al proyecto colonial portugués. El *Estado Novo* afianzó, a base de rigor presupuestario y medidas de fuerza, un modelo de imperio centralista y autárquico en lo económico, y nacionalista y católico en lo ideológico. Es decir, así como la economía de la metrópoli era prioritaria ante los intereses de los otros territorios del imperio, la lengua y la cultura portuguesa y el catolicismo eran obligatorios para poder llegar a ser considerado ciudadano portugués. Con este proceso, la dictadura monopolizó una idea de Portugal que marginaba multitud de sensibilidades que, sin dejar de compartir el ideal imperial –como en el caso de Norton de Matos, João Belo y Humberto Delgado, entre otros–, componían un abanico mucho más amplio de formas de sentir y pensar Portugal.

Toda esta introducción es imprescindible para darnos cuenta de que la especificidad de Portugal viene dada, por un lado, por una cierta «tensión psicológica de lucha contra el mundo» que caracterizó a los estertores del imperio portugués; por el otro, el hecho que se mezclaron y se retroalimentaron dos procesos de un contenido simbólico, político y emocional altísimo: el paso de una dictadura de más de cuarenta años de duración a un sistema democrático y la independencia de unos

territorios que fueron, durante casi un siglo, la piedra de toda la política económica e identitaria del propio proyecto nacional. Estos dos procesos se retroalimentaron y se reforzaron mutuamente hasta el punto que tal vez ninguno de los dos hubiera sido posible sin el otro. Es más, la rapidez e improvisación con el que ambos se acabaron concretando dejaron una sensación de alivio en sus actores principales y de perplejidad en la mayoría de espectadores directamente implicados: los portugueses.

Estos dos elementos específicos están relacionados. El primero, la tensión psicológica, fue fruto de un esfuerzo propagandístico, muy característico de las dictaduras, que se basa en azuzar una confrontación ideológica con el mundo, y aprovecharla, denunciando la existencia de una supuesta campaña internacional de desprestigio, para mejorar la cohesión interna del propio país. Así, mientras el fin de la Segunda Guerra Mundial supone para los dirigentes británicos y franceses el inicio de una reconsideración de la aventura colonial africana, es precisamente en este momento que la apuesta portuguesa por incrementar su envío de colonos a África se acentúa. Por el contrario, los dirigentes del *Estado Novo* aprovechan ese contexto para reforzar su voluntad de hacerse fuertes sacando pecho, es decir, subrayando las diferencias entre el carácter espurio de los imperios coloniales regidos por la lógica económica y la vocación civilizadora, supuestamente inmemorial y permanente, del imperio portugués.

Esta bravuconería intelectual fue un error en el cálculo de las propias posibilidades futuras, y acabó provocando un agudo aislamiento internacional de Portugal y, a la larga, supuso que los portugueses vivieran el proceso descolonizador con un plus de angustia muy superior al de británicos y franceses. Éstos vivieron un proceso de independencia de las colonias que fue, en general, más pacífico –excepto en Argelia, y en Kenia y en Rhodesia del Sur, respectivamente–, y acompañado muy de cerca por las respectivas metrópolis, que supieron crear las condiciones para que, en sus relaciones con África, el tránsito del colonialismo al neocolonialismo –aplicando la máxima de que todo cambie para que todo pueda continuar igual– fuera lo más suave posible. Este hecho facilitó que los procesos de retorno fueran más escazonados y, en general, menos traumáticos que el de los colonos portugueses.

Por lo que respecta al segundo elemento, Portugal vio como, entre 1961 y 1964, es decir, justo después de las independencias de la mayoría de las ex colonias británicas y francesas, se consolidaron en Angola, Guinea Bissau y Mozambique tres movimientos armados de liberación nacional. El *Estado Novo* cogió el guante de la guerra, lo que, una vez más, acabó conduciendo a Portugal a un callejón sin salida. Finalmente, el ensimismamiento del Gobierno portugués en su propia idea de Portugal acabó dando lugar a lo imprevisto, a aquello que casi nadie en Portugal aceptaba como posible y, por tanto, nadie había planificado seriamente. Sin embar-

go, pasó: en menos de dos años después del 25 de abril de 1974 se habían establecido las bases de la democracia en Portugal, y se habían acordado las independencias con las antiguas colonias. No fue nada fácil, pero se hizo.

De repente, pues, el grueso de los portugueses se encontraron con una situación nueva, inaudita, entusiasmante para unos y decepcionante para otros, pero siempre chocante. El más de medio millón de portugueses que vivían en África (más de 300.000 en Angola, y casi 200.000 en Mozambique) tuvieron que decidir de hoy para mañana un cambio de vida, y de identidad, radical. Muchos se fueron convencidos, otros muchos se vieron forzados a marcharse, algunos se quedaron. De repente, en este rápido proceso altamente emotivo e improvisado, se reencontraron, hacinados en Lisboa, portugueses procedentes de diferentes partes de mundo, y se puso de nuevo en evidencia aquella diversidad de formas de vivir y sentir Portugal que el *Estado Novo* había intentado embotar a base de adoctrinamiento y represión social. Por su parte, los que se quedaron en los nuevos países independientes se vieron resituados, con más o menos celeridad según cada caso particular, a la categoría que siempre fue la suya: la de una estricta minoría social en países inmensos e invertebrados.

Todo este proceso abrupto condicionó de diferente forma a los cinco países africanos, aunque todos vivieron por igual como gran parte de su estructura económica y administrativa quedaba prácticamente desierta. Por ello, para analizar el devenir poscolonial de cada uno de ellos, es imprescindible tener en cuenta todos estos condicionantes. Para finalizar estas pinceladas que, en su brevedad, no pretenden otra cosa que provocar más interés por la apasionante historia portuguesa, queremos hacer referencia a una crónica de Leite de Vasconcelos, periodista mozambiqueño que nació en un pueblecito del norte de Portugal en 1944, tan solo un año antes de que sus padres se trasladaran a Mozambique. La crónica, publicada en el periódico mozambiqueño *Notícias* el 3 de marzo de 1989, con el título de *Fantasmas Velhos e Novos*, describe, con la fuerza de quien sabe de que está hablando y con la lucidez de quien conoce la enjundia de lo que está en juego, una mesa redonda sobre la guerra colonial que tuvo lugar en una Facultad de Derecho de Lisboa, en 1989.

Dice así:

«(...) Cinco participantes en la mesa redonda. Un general que fue gobernador de Cabo Verde y de Angola, y para quien la guerra nunca llegó a perderse, Silvério Marques. Un profesor universitario, recién convertido en jefe de un partido y antiguo Ministro do Ultramar, Adriano Moreira. Un oficial de abril de 74, Pezarat Correia. Un poeta que conoció la guerra en el lado portugués, en Nambuanguo, y dijo que no, Manuel Alegre. Un hombre a quien la guerra le quitó, en

Mozambique, los ojos y un brazo y representaba allí a la Associação dos Deficientes Físicos das Forças Armadas Portuguesas, José Arruda.

Más de doscientas personas abarrotaban un anfiteatro cuyo aforo se había quedado pequeño. Eran jóvenes estudiantes portugueses. Eran jóvenes estudiantes de Angola, de Guinea Bissau, de Cabo Verde, de Mozambique y de Santo Tomé. Eran hombres y mujeres de todas las edades.

Razones y contra-argumentos cruzaron el anfiteatro, primero en la mesa, después entre la mesa y el público. Algunos argumentos fueron pronto sepultados por la carcajada, como el del general, gobernador de dos colonias, que nunca había visto represión en ellas. Otros generaron debate (...).

En la sala, una sólida mayoría coincidía en la injusticia de la guerra colonial y en la justicia de las luchas de liberación. Pero en el ambiente también flotaban fantasmas. Unos eran fantasmas tenues, gaseosos, emanaciones brumosas de un pasado que quedó atrás, caducado. Otros eran fantasmas espesos, ruidosos, que querían llenar su reducido número con el peso de los gritos y de las declaraciones solemnes. Eran los que más herían. No por su poder, no por su fuerza efectiva, sino porque eran fantasmas antiguos que se reaniman en cuerpos jóvenes. (...)

No son el tipo de fantasmas que guardan la nostalgia del imperio de un viejo general que todavía intenta ganar una guerra en las páginas patéticas de un libro en el que explica que nunca fue derrotado. Ni de los que sienten la necesidad de defender que una imposible política de reformas imposibles podría haber evitado la independencia de los pueblos colonizados, como siente un viejo profesor que fue ministro de Ultramar. Su tiempo es el de hoy. Y las fuerzas que les empujan, por muy oscuras que sean y por muy enmohecidas que estén, son fuerzas actuales. ¿Qué es lo que puede explicar que jóvenes de un país de Europa sientan la necesidad de hacer pintadas en las paredes de una facultad de derecho reivindicando un "Poder Branco", y griten, contra la independencia y la democracia, "Traição à Pátria"?

Pero, por encima del coloquio, un dolor real marcó un espacio purificado de solidaridad entre los hombres. José Arruda nombró las heridas que la guerra hizo en todos. Y hablaba, con amor y esperanza, de un programa de encuentro entre los soldados que ayer la guerra separó e hirió, y que hoy pueden colaborar juntos.»¹

1. Leite de Vasconcelos, 2008, *Contraponto. Crónicas*, Maputo, Promédia. Palavras Vivas, pp. 171-173 [Textos recolhidos por Amélia Souto e Livro coordenado por Machado da Graça]. La traducción es mía.